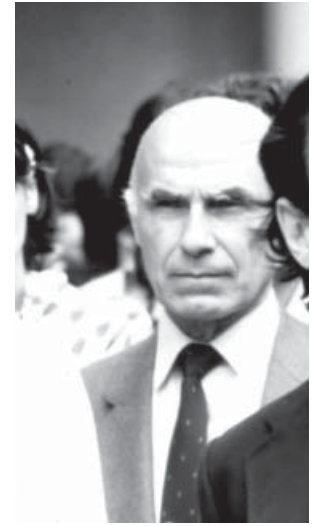


# Daniel Almeida Curth

Vicente Krause



Yo a Daniel lo conocí hace muchos años. Tuve la suerte de conocer a su madre, a María Angélica. Ella era una profesora brillante, pero más que brillante como profesora era brillante como persona. Era muy amiga de una tía mía con la cual durante los primeros años yo me crié, y era maestra en la Escuela 79 de Tolosa. Yo fui a esa escuela porque estaba mi tía, y muy aconsejado por María Angélica. Yo había estudiado en una escuela católica primer y segundo grado, y era muy mal alumno, como toda la vida. Así que corría riesgo seriamente de tener que seguir estudiando "a pesar de". Es decir, la alegría de estudiar y de entender no me había llegado; la alegría; me había llegado la obligación. Hasta ese momento esa era la constante; aprender lo que había que aprender, lo que para mí era evidentemente doloroso. Consecuentemente, cuando fui a la Escuela 79, tanto mi tía como María Angélica me propusieron un día transformar esa pesadumbre en alegría. Lo cierto es que deben de haber sido muy convincentes, porque yo empecé a estudiar matemáticas con mi madre desde otro punto de vista, completamente diferente al que se había seguido para conmigo hasta ese momento. Y empecé a entender que la lógica y la coherencia propia de las matemáticas era una cosa imperdible. Algo que entendía que ni por casualidad lo podía vislumbrar en su totalidad, pero que era algo que excitaba que mi curiosidad.

Por ese camino, por el de la curiosidad, yo seguí desarrollando los pocos conocimientos que fui adquiriendo durante la vida. Pero también a través de ese tipo de cosas, se me inculcó un criterio, que no es pavada, que es el no de creer que uno pueda tener ninguna razón absoluta. Lo único que uno tiene es, ni más ni menos, cada vez que aprende algo, una apertura a una ignorancia diferente, de mayor escala y más amplia, a la cual por supuesto, hay que tratar de acceder por pura curiosidad. Este es un camino que alguna vez hemos discutido con Daniel. Y Daniel en cierta forma pensaba exactamente lo mismo; seguramente inculcado por María Angélica. Alguna vez hablamos de eso.

Hubo una vez en que yo vivía desde los 17 años en pensiones en Rosario. Yo estudié en Rosario una parte importante de mi carrera. Yo vivía con Lojo y con Trincheri en una pensión que daba a la plaza Tres de Febrero. Un día Daniel nos fue a visitar, porque él tenía intenciones de averiguar cómo se estudiaba arquitectura en Córdoba.

Recuerdo que cuando llegó, nos dio una charla de por qué iba a Córdoba parando en Rosario. Porque quería conocer en Rosario una obra de un personaje que supuestamente había hecho una casa "wrighteana". La casa era no solamente "wrighteana" sino que fue exhibida varias veces como una casa "wrighteana"; estaba hecha por Tito Micheletti, quien había estudiado con Wright en Taliesin. Esa casa sigue en pie y es una maravilla de casa. Y está hecha con lajas al estilo de algunas disposiciones murarias que eran propias de Wright en épocas inclusive muy anteriores, quizá por allá por el año 1911. Lo cierto es que esa casa era muy bonita, muy bien hecha, muy compleja; sin ninguna duda nosotros no la entendíamos, pero él tenía una idea bien clara de que esa casa era una casa importante porque se la atribuían a la influencia de FLLW. Daniel ya te-





Daniel Almeida Curth  
VICENTE KRAUSE



nía en aquella época, cuando iba a estudiar arquitectura, vivencias anteriores, que suponían haber leído cantidad de cosas, actitud que no abandonó nunca y que profundizó a medida que los años pasaban. Siempre fue muy estudioso; en eso evidentemente fue muy reiterativo. Daniel siempre siguió estudiando. Él decía que seguía estudiando porque eran tantas las cosas sobre las cuales le faltaba llegar al fondo, que evidentemente pensaba, que no le iba a alcanzar el tiempo. Quién sabe si le alcanzó el tiempo, pero si sé que supo mucho. Y lo que si sé es que hubo algo reiterativo que lo acompañó durante toda la vida: él tenía un gran amor profesional, pero entendiendo lo que significa el amor por su profesión de una manera específica y particular que le era propia. Él tenía una relación con las ideas muy particular. Daniel, por ejemplo, entendía la relación entre el hombre y la naturaleza como una posibilidad permanente de referencia al medio natural, que le permitía indagar en su propio mundo mental. Siempre reinterpretando lo que la naturaleza le ofrecía. Por ejemplo, en el espacio particular que le daban para construir algo, o una circunstancia especial que se repetía y que parecía reincidente como para ser conceptuada como algo para tener en cuenta. Él entendía que había necesidad, antes de ponerse a proyectar, de captar esa particular situación específica que le promovía la realidad, o que le proponía la realidad antes de hacer una sola línea. Lo que quería era captar esa especie de lugar especial que tiene siempre una situación específica y particular de terreno o de circunstancia anímica, que hace que vos puedas apoyar lo que vas a construir mentalmente sobre algo que te parece que es lo esencial y la verdad profunda que te motiva. Es decir, la búsqueda de esa verdad profunda podía pasar de los límites de lo que es el ambiente y de la circunstancia específica de orden natural, a lo que podía llegar a ser un sentimiento o algo que él captaba como reiterativo, básico, permanente, motivante, propio de un cliente, que tenía por ejemplo en el confort, en el confort específico (calor, buenas visiones, seguridad, etc.), la raíz de algo esencial que buscaba. La búsqueda de ese elemento, el detectarlo, le daba pié para tener una base firme con la cual empezar a proyectar, empezar a pensar, empezar a crear. Eso alguna vez lo hemos hablado y él me decía que era un búsqueda permanente que él tenía en ese sentido. A mí me parecía que era algo difícil de caracterizar y mucho más difícil de transmitir. Por esa razón Daniel era particularmente tolerante con las ideas y los sentimientos ajenos. Por ejemplo, para él un proyecto de cualquier alumno podría ser eventualmente totalmente diferente de aquello que a él le parecía lógico, consecuente o adecuado en función de un determinado programa. Sin embargo, se proyectaba en el otro, o trataba de proyectarse en el otro, para ver por qué pensaba o sentía lo que sentía. Si lo lograba, ahí empezaba la posibilidad de la corrección, sino no. Yo le pregunté qué ocurría cuando no lo lograba, por supuesto que era una pregunta con trampa. Él me contestó: "cuando no lo logro, siempre tengo una alternativa a mano, que es la del oficio. El oficio se aprende, el oficio se adquiere, el oficio se relaciona con el estudiar, con el aprender, con aprender lo que se puede aprender. Entonces recurriendo al oficio le hago preguntas que sé que le van a ayudar en el sentido de mostrarle, en función de ideas que no entiendo o que no comparto, qué cosas le van a hacer falta para llegar a concretar esas ideas que no comparto en términos eficaces. Para lo cual la vertiente del oficio siempre queda abierta. Porque se trata de gente que tiene menos experiencia que yo. Que ha estudiado menos; que no estudia eventualmente algo que yo sé que es necesario estudiar para llegar a plasmar en términos de cual-

quier idea, eso específicamente siguiendo esas ideas sean las que sean. Lo cual significa un dominio absoluto del oficio. Si Ese oficio no lo tenés, aunque tengas muy buenas ideas, no vas a lograr que haya unicidad entre lo que lograrás y lo que pensaste. En ese sentido siempre te queda el camino abierto. Por eso recomendar el estudio y el oficio es fundamental. Siempre tengo ese recurso, pero más de una vez de lo otro no hablo". Cuando ese tipo de cosas ocurría, las conversaciones eran siempre muy interesantes.

Y una vez hablábamos de la proyección de lo que hacíamos acá en la facultad. Y él me decía también que acá en la facultad se enseñaba o se puede enseñar una vertiente sumamente interesante que es llegar al fondo del oficio. Llegar, a través de las diferentes materias y de la currícula desarrollada en profundidad, al





conocimiento real y verdadero que hace falta para plasmar ideas. Pero que había quedado planteada desde una época que tradujo algunos pensamientos, inclusive de Casares en Buenos Aires, la idea, que el también había tratado de implantar en la facultad, de que lo más importante era no generar adeptos, no inculcar modalidades, sino habilitar alternativas muchas veces impensables por uno. Lo cual significa que hay que tratar de alguna manera de lograr que el bagaje de conocimientos no sea para nadie una carga capaz de coartar la capacidad creativa individual. El conocimiento como tal no debe ser avasallante ni excesivamente pesado; hay que darle lugar al desarrollo individual de las condiciones específicas y particulares que a cada tipo Dios le ha dado. Y eso para él tenía un sentido, yo diría, casi religioso. Lo digo así porque lo he hablado una vez con Casares. Porque Daniel fue ayudante inclusive de Casares en algún momento. Y Casares me dijo una vez, "Krause usted es demasiado ateo para entender este tipo de cosas". Pero sí, en el fondo puede ser que sea así. Capaz que hay que tener cierto sentido religioso específico y particular, muy cristiano, para entender que uno es el otro. Entender en profundidad que lograr que alguien sea el que debe ser, y lo que puede ser, en toda su amplitud. Puede ser desde el punto de vista de generar algo, lo máximo. Quizá uno piense quién sabe si así se generan los mejores arquitectos, pero seguro se generan las mejores personas. Yo creo que esa pregunta uno se la hace siempre. Uno puede crear un arquitecto que sepa todo lo que es necesario saber para plasmar una buena, correcta y eficaz obra de arquitectura, en la medida en que como persona entiende que lo que está haciendo tiene un destinatario específico y particular, al cual debe de llegar. Y cuando es muy amplio ese individuo o ese grupo al que tiende, como más de una vez lo ha considerado él en su vida como la sociedad en su conjunto, evidentemente el tema termina por ser un tema básico y fundamental.

*Palabras pronunciadas por el profesor Vicente Krause el día 28 de septiembre de 2009 en la FAU UNLP con motivo del fallecimiento del profesor Daniel Almeida Curth.*

Daniel creía que podía tenerle amor a un gran grupo humano, trataba de entenderlo anímicamente, no solamente desde el punto de vista intelectual, sino emocionalmente. Y consecuentemente ha tendido, en todas sus obras me parece a mí, a poner por delante de los conocimientos técnicos y de todo lo demás, que los tenía de sobra sin ninguna duda, ese aspecto específico que lo hacía un individuo muy querible. Yo creo que el afecto es una de las cosas que todos los que lo han tratado le siguen teniendo y lo van a seguir teniendo por mucho tiempo. Eso es lo que yo creo. ●



